

y todas las mujeres vienen á la ciudad, de que no pocos pecados contra Dios se recrecen. En las escuelas de Quito, de tres mil muchachos los dos mil son mestizos. Cada cual procura servirse de un esclavo y todo el peso desta esclavitud recae sobre la raza india. El español tiene por esclava á una mestiza ó negra, y esta tiene por esclava á una india. Para los trabajos públicos se traen cuadrillas de indios, que trabajan espacio de dos meses, en cuya ausencia mujeres y hijos se mueren de hambre, ó usan ellas de gran ofensa contra Dios nuestro Señor ganándose la vida torpemente con su cuerpo en Quito. La mayor parte de ellos mueren en la ciudad sin que nadie se cure de si son cristianos: mueren sin confesion, que áun para esto no hay orden ni concierto, y muchas veces, por no tener qué dar al cura, los entierran sus amigos en un muladar escondidamente.»

Tres millones de indígenas sucumbieron en Méjico en las epidemias de 1545 á 1576 (1). Las memorias de los administradores que ponderan sus talentos son tan lúgubres como las quejas de los religiosos:

«¿A qué compadecer á los indios? escribe por ejemplo Don Francisco de Toledo virey del Perú (2). Vivian tan salvajes como querian bajo el despotismo de los Incas, y gastaban su salud en las danzas, la embriaguez y las privaciones. Ahora se les ha regimentado sábiamente, se les vigila, se les somete á un trabajo saludable porque no estuviesen ociosos con tanto daño espiritual. Tenian demasiadas tierras; se ha reconocido que campos tan extensos no eran en manera alguna útiles: el virey no podía ménos de tomar posesion de las tierras para la corona, lo mismo que de las minas de cobre y azogue de Guancavélica. En cuanto á su ignorancia religiosa, ha de imputarse al clero, no que al virey. Muchos de ellos pasan aquí á enriquecerse pelándolos lo que pueden para volverse allá ricos... Tienen cárceles, alguaciles y cepos, donde los prenden y castigan como y porque se les antoja. Los obispos de las Indias tornan cargados de plata que no habian traído, y lo mismo pasa con los religiosos.»

Las rentas reales se aminoraban mucho en esta concurrencia de codicias, y lo eran tambien por la necesidad de mantener tropas para tener á raya á los corsarios. No temo á los caciques, escribe Don García de Mendoza (3), porque el hambre los obliga á someterse. Me anuncian

(1) Raynal, *Historia filosófica de las dos Indias*, tom. III, p. 394.
(2) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 122, Memoria de 1582.
(3) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 217.

navíos europeos, que sin duda serán portugueses; pero tengo bastantes soldados y municiones para rechazar no sólo la armada de Portugal sino la de Francia, que llegara al mismo tiempo.—Se ha exagerado tambien mucho el producto de las minas: las más ricas del nuevo mundo, las del Potosí, cuyos filones descubrió en 1545 el peruano Gualca, «esa preciosa joya que puso la bondad de Dios en el seno de los vastos dominios del rey» (4), no enviaron por término medio más que cuatrocientas mil pesetas, de 1556 á 1576, lo que haría poco más de un millon al curso actual. Los productos se elevaron en 1593, llegando este año la cifra á un millon y seiscientas mil pesetas, pero muy luégo decrecen. Hay además que deducir de estas partidas todo lo que no llegaba á los puertos de España, robado por los corsarios ó perdido en los naufragios. El recurso era insignificante para el tesoro ávido y empeñado de Felipe II.

Los que habrian podido procurar las relaciones comerciales no eran mejor comprendidos. Por ejemplo, un enorme galeon partía de Manila todos los años, el mismo dia, con el mismo cargamento, con la tripulacion misma y se dirigía al 30.º grado de latitud para encontrar los vientos alisios que lo empujaban á Acapulco. Descargaba sus barras y su cochinilla y volvía con los productos del Asia, sin poder hacer escala en ningun punto, ni efectuar ningun cambio, ni modificar por ninguna razon sus movimientos, ni tolerar concurrencia ninguna á sus privilegios. Tan rigurosamente se observaba esta regularidad, que por espacio de dos siglos encontraban á punto fijo los ingleses el dichoso galeon en la misma altura y lo robaban con la misma precision (5).

IV.—Penuria financiera

Las rentas españolas estaban al servicio de la causa católica en toda Europa, derramando auxilios hasta en manos de los insurrectos irlandeses, á pesar de los malos informes que daban de ellos los capitanes de navío. «Los salvajes de esta tierra, decian, consideran como el hombre más de bien al que está en mejor estado de robar» (6).

(4) *Ibid.* tom. V, pág. 182. Memoria dirigida al rey Carlos III en 1784 dando el rendimiento anual desde 1556. El mercurio fué descubierto en América en 1566 por el portugués Enrique Garcés, que vió en manos del indio Navin Copa una piedra roja, el *limpi*, para sus pintarrajeos de guerra (*Arte de comprobar las fechas*, tom. X, p. 421; Humboldt, *Ensayo político sobre la Nueva España*, tom. IV, p. 421).
(5) El galeon de Manila fué apresado por Cavendish en 1587, por Rogers en 1709, por Anson en 1742.
(6) *Real Acad.*, tom. VII, pág. 429, capitan Diego Ortiz de Urdar al rey, 22 de junio 1574.

Las bancarotas habian secado la fuente del empréstito: no se habia tenido en verdad la audacia de negar las deudas contraídas: «hubiera sido un mal ejemplo, no á causa de la ruina de los acreedores, que hubieran muy bien merecido esta suerte por sus lucros ilícitos é inmoderados; sino porque se debía pensar en los peligros de un precedente que habria permitido luégo violar los contratos más justos. Sin embargo, era muy conveniente disminuir los intereses, cosa exigida hasta por la ley de Dios que prohíbe la usura (1).

El impuesto no era tampoco un recurso, pues los reglamentos de la mala administración no sino parecian hechos para destruir la riqueza interior. Si existian manufacturas de seda como en Toledo, estaban los industriales sujetos á las vejaciones de ordenanzas minuciosas que fijaban la longitud de los husos y ruedas de los telares, la anchura, el grueso, la trama del tejido, los procedimientos del tinte, el número de los aprendices, castigando cada infraccion con tres mil maravedises de multa (2). El recurso más regular era el que desde 1574 se obtuvo á perpetuidad de la munificencia pontificia, el impuesto de la Cruzada, que permitía comer carne los viérnes. «Han publicado aquí estos dias la bula de la Cruzada con muy grandes ceremonias y es para cada año en vez de ser de tres en tres años como ántes (3).» Favor de que se escandalizaban los franceses cuando se les echaba en cara su tibieza religiosa.—«Podríamos estar quitos, contestaban (4), pues vosotros por dos reales que cuesta una bula teneis ámplia licencia para comer carne en cuaresma en un país que se llama religioso.»

Los insuficientes subsidios que el exhausto fisco se esforzaba en remitir á los ejércitos de los Países Bajos no podian ser de ninguna utilidad. ¡Dinero perdido! «Es como echallo á la mar, pues jamás viene á tiempo que aproveche,» decia un español (5).

V.—Desastres en Flandes

Esta penuria de dinero habia sido una de las causas principales de los descalabros del duque de Alba, y la anarquía que sucedió á la muerte de Requesens acabó la desorganizacion.

El Consejo de las Turbulencias desapareció

(1) Cabrera, tom. I, pág. 48.
(2) *Doc. inéd.* t. XV, p. 363, Reglamento del 23 de oct. 1573.
(3) Ms. Bibl. nac. 16105, fol. 73, Saint Gouard á Carlos IX, diciembre de 1573.
(4) *Ibid.* 16104, del 14 abril 1572.
(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 477, Jerónimo de Roda á Layas.

en aquel hundimiento (6). Zierickzée sucumbió despues de muchos meses de sitio, pero este triunfo fué seguido de una nueva insurreccion militar (7). Los soldados fueron declarados rebeldes por los regentes, y con esto los españoles vienen á ser los insurrectos, mientras los burgueses de Brabante y del Henao se adhieren al gobierno oficial. Todos están igualmente armados; quieren defender sus muros; los españoles entran á saco las abadías (8). Muy luégo los amotinados sorprenden la ciudad de Alost, se fortifican en ella y se ponen en actitud de defensa contra el rey y contra los flamencos. «Reclaman y obtienen al punto camisas limpias y víveres á su sabor, sin que ningun burgués fuera dueño de lo suyo: puede considerarse cómo serian tratados estos burgueses, sus mujeres y sus hijas» (9).

Al dar cuenta Sancho de Avila de los asesinatos y saqueos, suplica al rey se sirva enviar á Don Juan de Austria (10), único que en su sentir es capaz de restablecer el orden. Pero se deja arrastrar por el instinto de raza á preferir los soldados insurrectos á los burgueses que se ponen en defensa, y se esfuerza en irritar al rey contra la ciudad de Bruselas y contra «todos los consejeros y magistrados del país: hé aquí el mayor mal, añade; los principales de ellos tienen las ideas más extravagantes y declaran que no recibirán gobernador, ni áun al mismo Don Juan que venga con sus tropas» (11). Mira con horror á los delegados de Brabante reunidos en Bruselas. Sancho de Avila es un soldado vanidoso, de espíritu mezquino, de imaginacion desordenada; quiere mantener su popularidad en el ejército y comete uno de los mayores crímenes del siglo.

Acaba de saber que el rey está vacilante aún, que los estados de Brabante han preso á los miembros del consejo de regencia (12), entregado á del Rio al príncipe de Orange y que hacen sitiá á españoles en la ciudadela de Gante. Entra en relaciones con los insurrectos del campo de Alost y les ofrece abrir las puertas de la ciudadela de Amberes donde está él

(6) Fué suprimido el 8 de mayo de 1576; duraba desde el 9 de setiembre de 1567. V. *Acad. R. de Bélgica*, tom. XX, 1.ª parte, año de 1853, y *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, págs. 24 y 128.

(7) El 15 de julio de 1576. V. *Corresp. de Felipe II*, tomo IV, pág. 543-658.

(8) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 659-738, y Del Rio, *Memorias*, tom. I, pág. 76-86.

(9) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 196.

(10) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 113 á 126, cartas á Luis del Rio y al rey, agosto 1576.

(11) *Ibid.* pág. 131, carta del 16 de agosto.

(12) El 4 de setiembre de 1576.

encerrado, los convoca al saqueo de la más rica ciudad de los estados de Felipe, y favoreciendo sus concupiscencias se pone al frente de ellos como jefe. Sancho de Avila fué el precursor de esa serie de generales que hacen servir á sus miserables pasiones los descontentos del ejército: los pronunciamientos en aquella época de gloria, aparecen ya como una de las enfermedades del ejército español.

Los insurrectos de Alost se ponen en marcha de noche (1), todos con sendos ramos de encina en el morrion, «vienen derechos á la ciudadela, entran por la puerta de socorro y solicitan que Don Sancho los conduzca al combate. Del primer impulso dan en el cuartel que ocupan unos seiscientos franceses, que por entonces estaban de parte de los estados; eran todos veteranos y por placer se habian desbandado de las guarniciones de las fronteras.—Estos franceses son diablos, dicen: vamos á los hombres» (2). Y fuerzan los cuarteles que los alemanes defendian, se derraman por las calles y matan á todos los que encuentran á su paso; despues se dan al pillaje.

Por aquellas mismas calles de Amberes, veintisiete años ántes avanzaba anunciando una era de prosperidad bajo arcos de triunfo cargados de divinidades alegóricas y virtudes teologales, el hijo de César, el príncipe Felipe (3). A las ilusiones de los burgueses que esperaban un leal conde de Flandes y Brabante, había preferido las decepciones de la violencia. Ahora las engañosas divisas, los trajes de la entrada triunfal vuelven á salir á luz en las frenéticas manos de los soldados que fracturan baules y rompen cofres; por espacio de tres semanas exterminan á los habitantes y se llevan todo lo manejable. Y matan ocho mil hombres, y queman la mitad de las casas, y roban seis millones de escudos en la otra mitad (4), arruinando la gran ciudad por más de doscientos años. «Tres mil hombres saquearon una ciudad en cuyo seno había riquezas para hartar el hambre de un ejército de cincuenta mil hombres» (5)!

En medio de estos despojos sabe Sancho de Avila que Don Juan de Austria ha sido nombrado para el gobierno de los Países Bajos, y se

(1) El 4 de noviembre de 1576.

(2) Brantome.

(3) Sobre la entrada de Felipe en Amberes en 1549, V. *Spectaculorum in susceptione Philippi...* apud C. S. Grapheum, in folio, Antverpiæ, 1550.

(4) Mendoza.

(5) Brantome.

apresura á escribirle que los coroneles se huelgan en gran manera de su nombramiento y celebran su llegada; pero que no quedan ya sobre las armas más que cuatro mil hombres de la vieja infantería incluso los tres mil bandidos de Amberes (6). Al mismo tiempo la ciudadela de Gante es entregada por la guarnicion española á las tropas de los estados (7) y la de Valenciennes vendida por la guarnicion alemana á los mismos estados á precio de diez reales por alemán (8). El príncipe de Orange organiza en Gante una reunion de delegados de las diez y siete provincias para ajustar una alianza indisoluble.

En los preliminares que preceden á esta asamblea de Gante, un burgués de Bruselas, Francisco Martin Vandersterre, realizó un acto notable de energía. Traia á los estados de Brabante las adhesiones de los estados de Güeldres y de Groninga, cuando fué preso por los españoles, que quisieron hacerle declarar los nombres de sus adherentes. «Aquel pobre paciente fué descoyuntado por espacio de doce horas, de tal modo que los comisarios no podian más de sueño: uno de ellos le dijo: ¿Cómo te dejas atormentar así, desdichado viejo, por no decir la verdad? Y despues de innumerables tormentos, lo bajaron á tierra en un estado tan miserable que no se podía tener de pié ni sentar, permaneciendo allí buen espacio, en sudor, desnudo, refrescándose» (9). En esta agonía, arregó á los soldados valones que lo rodeaban, los convirtió á la causa nacional, organizó un movimiento y la guarnicion sublevada por el moribundo gritó: ¡vivan los estados! y eligió nuevos jefes.

Mientras los estados generales se reunian en Gante y se mostraban dóciles á las inspiraciones del príncipe de Orange, se puso en camino Don Juan de Austria. Al salir de España, escribió á Don García de Toledo, su antiguo consejero (10), diciéndole que la situacion era desesperada, pero que no era imposible que Dios velara por una causa que era la suya, ni que lo eligiera á él especialmente para hacer un milagro en su ayuda.

(6) *Doc. inéd.* XXXI, pág. 144. Los otros mil están en Lieja y en Maestricht. El resto de las fuerzas comprende los mil seiscientos valones de Mondragon y ocho compañías de alemanes. El total dista mucho de los sesenta mil hombres del duque de Alba, ya reducidos á cuarenta mil en tiempo de Requesens.

(7) El 11 de noviembre de 1576.

(8) Herrera, tom. II, pág. 101, el 19 de noviembre.

(9) *Memorias anón.* tom. I, pág. 216.

(10) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 177, del 17 oct. 1576.

PARTE TERCERA

Conquista de Portugal.—Alejandro Farnesio.—La Armada invencible

CAPITULO PRIMERO

DON JUAN DE AUSTRIA EN LOS PAISES BAJOS.—1576-1578

FELIPE II SE CANSABA DE LA LUCHA CON FLANDES.—EL EDICTO PERPETUO.—ENSAYO DE ADMINISTRACION REGULAR.—
GOLPE DE ESTADO DE NAMUR.—GOLPE DE ESTADO DE GANTE.—BATALLA DE GEMBLoux.—
ÚLTIMOS MESES DE DON JUAN DE AUSTRIA

I.—Felipe II se cansa de la lucha con Flandes

«Si al leer los libros precedentes no se ven más que muertes, asesinatos, matanzas, sublevaciones de pueblos, batallas, tomas y ruinas de ciudades y reinos, todavía estoy obligado á continuar esta miserable malicia del tiempo en los años siguientes.» Así se expresa un antiguo analista (1); pero en este último período del reinado de Felipe II se encuentran á lo ménos dos grandes figuras á que podemos convertir los ojos con cierta complacencia, la de Alejandro Farnesio y la de nuestro Enrique IV.

Don Juan de Austria con sus sueños de ambicion y sus talentos de caudillo militar, no poseia ni la fijeza de miras ni el arte de dirigir los instintos populares: no era un adversario peligroso para un político como el príncipe de Orange. Un simple empleado, Jerónimo de Roda, parecia comprender mejor que todos los consejeros y generales de Felipe el secreto de reconciliar á los insurrectos de los Países Bajos. «Arruinais el país, decia (2), y os agotais; en vez de destruir riquezas, es menester que hagais renacer el comercio, y no obtendreis efectos útiles sino cuando os hayais conciliado los ánimos dejando de combatir los intereses.»

Jerónimo de Roda se había instalado francamente en la ciudadela de Amberes en medio de los españoles amotinados: habíase improvisado no sólo como jefe del gobierno regular, sino tambien como el defensor para con Felipe II de

(1) Palma Cayet, *Cronología novenaria*, pág. 349.

(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 477.

los soldados que habian expulsado á sus oficiales, de Sancho de Avila, que habia favorecido esta sedicion (3) y aún del electo, que habia dirigido el pillage de Amberes (4) «y llevó tan adelante su ufanía que se hizo respetar como jefe y obedecer como el único representante de la persona del rey» (5).

Pero no habia caido en gracia de Felipe II, á quien mortificaban no solamente los poderes sin su consentimiento, sino tambien las apremiantes exigencias de dinero que Roda tenia necesidad de hacerle (6), y más acaso sus descripciones demasiado exactas de la desorganizacion existente. «No hay consejo, orden ni cuidado, todo es behetría y pláticas impertinentes, y jamás se concluye cosa, ni hay quien tenga cuidado de si lo que se ordena, se ejecuta (7)... Las desvergüenzas crescen cada dia hasta atreverse ya los predicadores á decir que sin escúpulo de conciencia se pueden matar los españoles» (8).

En este momento es cuando se resigna Felipe á hacer concesiones. En su reciente celo por la reconciliacion teme de tal manera que no lo comprenda Don Juan de Austria, que manda escribir á su secretario Antonio Perez una carta, que él revisa y corrige, y la envia á Escobedo, el hombre de confianza que se ha puesto al lado de Don Juan para inspirar y vigilar su conduc-

(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 11.

(4) *Ibid.* carta del 6 de nov. 1576.

(5) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 5165.

(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 146. «Ayuda de costa.»

(7) *Ibid.* pág. 147. Carta del 21 de mayo de 1576.

(8) *Ibid.* pág. 353, del 4 de setiembre de 1576.